

EL OVERO ROSADO

Por fin la escuela había reabierto sus puertas, yo no podía, este año asistir a clase, lo lamentaba profundamente, pero debía quedarme en casa para ayudar a mi madre en la chacra. La nuestra y después de la muerte de mi padre, era la más abandonada de la zona y si no nos apurábamos con el acopio de leña nos agarraría el invierno, así Pedro López estaría ahora en quinto grado, ya me lo imagino al hijo de una gran puta, mofándose de mí, el año próximo. Realmente la situación económica era caótica, no teníamos dinero, para pagarle a nadie y trabajábamos de sol a sol en todas las tareas. A veces nos ayudaba mi tío, el único que todavía podía andar por el pueblo sin temor a ser detenido por la policía. Mi madre solía regalarle tortas fritas, que era lo único que comíamos. El tío las aceptaba sin titubear porque su chacra había quedado deshecha, después del disturbio entre las dos facciones que gobernaban el pueblo, habían usado su campo como espacio de batalla para dirimir, cuestiones políticas. Nunca olvidaremos ese año.

Antes de aquel incidente nunca había visto a mi madre trabajar. Mi tata tenía varios peones a su servicio y yo, me dedicaba exclusivamente a jugar e ir a la escuela. Tío siempre me decía mijo quiero que usted sea abogado, solía mencionarlo como para que me lo grabara y no lo olvidara jamás. Todos los días iba a buscarme a la escuela General Belgrano de Gómez, siempre montado en el overo rosado, que le había regalado Luis Mosley, me sentaba en el dorso y volvíamos cabalgando a la casa, él era muy buen jinete y solía hacer la diferencia, cuando ganaba cuadreras y sortijas, después de aquel lío en el campo de mi tío, no volví a verlo, mi madre aseguraba, que como querían matarlo, había huido al Uruguay. Empezaba a extrañarlo, sobre todo cuando iba al monte a cazar con la honda que él me había hecho, lo llamaba hiriendo a los troncos, aunque mis gritos se dispersaban en el nudo de mis recuerdos y el latido de las hojas, amansaban mi sangre caliente. El canto jubiloso del arroyo,

que corría presuroso en su cauce y el sonido ululante de las chiflitas me atontaba, hasta que caía al agua y refrescado volvía a tener conciencia.

Por esos días me enteré que Facundo Cabrera, el comisario de Brandsen, buscaba afanosamente a mi tío, era primo de mi madre, pero enemigo acérrimo, posiblemente porque nunca, por más intentos que hizo, pudo ganarle una cuadrera, más aún con la presidencia de la Unión Vecinal donde siempre perdió ante él por mucha diferencia.

Facundo Cabrera, pertenecía ahora al oficialismo local, logró su cargo luego de superar con éxito para el bando de la derecha, la insurrección zurda y por ello fue designado de inmediato a cargo de la seccional y buscaba a mi tío y a todos aquellos quienes no compartían sus criterios para vengarse. Varias veces nos metió presos a mi mamá y a mí. Solía decirme:

-Sí me decís dónde se esconde el cuatrero de tu tío voy a regalarte un petiso tobiano.

-No quiero un caballo don Facundo, no sé dónde está el tío, según dicen se fue para el Uruguay.

Mi madre me había dicho que siempre dijera lo mismo a cualquiera que preguntara. Además, no sabía realmente dónde estaba.

-Si no me lo decís hijo de una gran puta te voy a meter una semana en el calabozo.

La idea me aterrorizaba, pero me sobreponía para no llorar.

-Mi tío está en Uruguay, no sé qué quiere le diga... mi madre intervenía y le decía: déjalo en paz, el chico no sabe nada.

Bueno, bueno decía Facundo Cabrera con tono de disgusto, fuera de aquí.

Él no se convencía de que yo no supiese dónde se encontraba, es más una tarde me encerró en el calabozo del destacamento y me decía que sino

revelaba dónde se encontraba mi tío, a la mañana temprano, me llevaría hasta un campo cercano y aparentando una huida mía, iba a matarme a balazos. Pasé toda la noche en vela, soñando con los tiros de la nueve milímetros que portaba.

En realidad, yo también quería saber el paradero del tío, me parecía verlo en cada una de las caras que se acercaban al pueblo, a veces montaba al overo rosado y me mandaba para los potreros más allá de las vías, mis amigos decían que ahí era peligroso andar porque, en ese lugar habían enterrado a muchos militantes políticos durante la dictadura y que los muertos tenían a fantasmas como guardianes, nunca vi ninguno, pero estaba preocupado por encontrarme con uno de ellos. Hasta que un día, el comisario confiscó al overo rosado, yo deseaba que el animal, sintiendo un peso distinto al acostumbrado, lo tirara de un corcovo, pero no, no fue así, cabalgaba manso como de costumbre.

Una mañana decidido a cazar una liebre para el almuerzo, incité a mi perro y el salió a cazarla, corrimos mucho y sin querer llegué hasta la zona de los potreros, reconozco que la amenaza hizo de las suyas, porque me detuve de inmediato y quedé paralizado, mi perro había dejado de ladear y pensé que algún fantasma se había vengado y tal vez ya estaría muerto, pero no, sentí un ladrido amistoso y un chist, chist: -Sí dije quién me llama.

-¿Marcelito? Era la voz de mi tío, entré corriendo y me olvidé de los fantasmas y estaba ahí jugando extasiado con mi perro y la liebre que habíamos estado persiguiendo y atrapado viva se soltó y huyó.

-Tío por fin volviste, pero sabes qué, no podés aparecer por el pueblo el comisario te está buscando para encerrarte.

-No te preocupes, mañana vuelvo al Uruguay y muy pronto ustedes también podrán ir para allá a vivir conmigo, y ahora tenés que irte, porque si te siguieron será peligroso y por favor decile a tu mamá que esta noche venga a verme al

potrero. Noté que estaba preocupado, pero hice lo que me dijo, le conté a mi madre lo ocurrido, ella estaba realmente optimista. Horas más tarde me desperté sobresaltado escuchando la voz de un vecino que llamaba a la puerta gritando, lo traicionaron, algún hijo de puta lo traicionó y Cabrera junto a la milicada de Brandsen lo están buscando para matarlo, al rato empezamos a escuchar disparos, mi madre y mis vecinos salieron de la casa gritando y corriendo por la diagonal Piermartini, yo también a medio vestir salí en alocada carrera, no recuerdo bien la cronología de los hechos, si me vienen a la memoria los sonidos y las salpicadas de los charcos que había dejado la lluvia en la calle, las resonancias empezaron a hacerse más fuertes y a verse figuras extrañas iluminadas por los busca huellas, hasta que llegué al potrero y vi entre la maleza el rostro ensangrentado de mi tío, que gritaba en sus últimos momentos: "Voy a volver Cabrera hijo de puta, y te mataré como a una rata" y su cuerpo se desplomaba sobre el terreno fangoso, junto a la risa sarcástica del comisario.

Ya no era mi tío, era sólo un cuerpo inerte con la cabeza enlodada y la cara ensangrentada. Bendecido únicamente, por las lágrimas de mi madre, que chorreaban en su yacente humanidad.

Días después, mis vecinos le sugirieron a mi madre la importancia de que yo volviese a la escuela y eso hice, pero ahí me encontré con Pedro López, que día a día se burlaba de mi por lo que había pasado con mi tío, por suerte teníamos estatura similar y eso me daba la oportunidad de trenzarme casi todos los días de la semana a las piñas con ese malnacido. Le decía mi tío, va a volver y hará escarmentar al comisario por lo que le hizo y él me replicaba: "...qué va a volver, de dónde si ya, hasta se lo deben haber comido los gusanos...". Pero yo estaba convencido de que mi tío volvería y haría justicia. Cuando terminé la escuela, vendimos la granja y nos fuimos a Pehuajó, allí mi madre conoció a un señor soltero y próspero comerciante de la zona; conocido como, el Gato Esteban, se casó con él y nuestra situación mejoró bastante,

cursé y terminé la escuela secundaria y cuando fui a La Plata a inscribirme en la Universidad, decidí hacer una parada en mi pueblo de Gómez, apenas bajé del Santa Rita, caminé un rato por el viejo pueblo anclado aún en vaya a saber qué siglo.

Días después regresé y me contaron que el comisario, había sufrido un serio accidente y se hallaba muy mal, a pesar de significar para mí un sujeto detestable, fui a su casa a verlo y apenas entré, y si bien mi parecido con el de mi tío es escaso, se puso como loco, "... no, no te quiero ver y gritaba como si estuviese ante la presencia del mismísimo diablo, su nueva y reciente amante, me llamó aparte y me dijo, me parece que tu presencia no le hace nada bien, es que hace unos días sufrió un atentado, provocado por un jinete a caballo en la zona de los potreros y jura, que el jinete que lo atacó era tu tío, lo tiró del caballo y con él le pisoteó la cabeza y lo arrastró por el suelo cenagoso, hasta dejarlo inconsciente. Asentí porque había visto que el comisario tenía profundas heridas en la cara. Yo pienso que su imaginación es la culpable admitió la mujer.

Antes de irme pasé otra vez por la pieza del comisario, él se asomó y me vio a caballo, sus ojos se abrieron como dos ventanales y alcancé a ver que se empujaba hacia atrás en la cama, babeaba. Salí de ahí y fui hasta el potrero, caminé recordando en silencio aquella desgracia y esa tarde el comisario murió, al otro día su familia completaba el sepelio en el cementerio de Brandsen, y yo fui a Etcheverry a devolver el overo rosado que había pedido prestado.

Luis Holgado

Brandsen